

## COMENTARIO DE LA REGLA DE SAN BENITO<sup>1</sup> (Prólogo y Capítulos 4-5-6)

### PREFACIO

Para san Benito, la señal fundamental de una auténtica vocación monástica consiste en una “verdadera búsqueda de Dios” (Cap. 58). El contenido y el fin de su propia vida están expresados por aquello que exige de los sacerdotes del monasterio: “que avancen más y más por el camino de Dios” (Cap. 62). Por medio de su Regla, san Benito ha llegado a ser un guía en el camino a Dios, no sólo para sus monjes sino también para las numerosas almas que estando en medio del mundo buscan a Dios.

En el mundo actual, tan semejante en muchos aspectos a aquél en que vivió san Benito, existe una viva atracción por esa vigorosa unidad y sencillez del camino a Dios presentado por la Regla benedictina. Nada menos que el Papa Benedicto XV, aclaraba, al asumir él su pontificado, que elegía el nombre del Patriarca de los monjes de Occidente porque quería conducir a Dios la nueva época que se iniciaba, como otrora san Benito lo hiciera con la suya. Por eso, no es necesario un motivo especial para justificar el presente ensayo de exposición del “camino a Dios de acuerdo a la Regla de san Benito”.

En su Regla no buscó san Benito exponer una teoría de la vida espiritual, sino tan sólo escribir un “código” práctico destinado a cuantos anhelan una realización plena del ideal cristiano. Con todo, en cada una de las indicaciones de dicho código se descubre una clara inteligencia de la esencia y misterio de la vida interior. Esta inteligencia penetró, mediante largos y serios estudios, la Sagrada Escritura, los escritores eclesiásticos y los Padres del monacato, y fue acrisolada y coronada por la experiencia de un santo que en sus propios esfuerzos y luchas tomó conocimiento de todas las etapas del camino hacia Dios. Puede aplicarse al mismo san Benito, como realizado en su más amplia medida, lo que exige del abad en el capítulo 64 de su Regla, es decir “que sea docto en la ley divina para que sepa y tenga de donde sacar cosas nuevas y viejas”. Así la Santa Regla no se reduce sólo a ser un venero de sabiduría práctica de la vida, sino que también nos proporciona los fundamentos esenciales de la perfección y nos enseña una estructuración metódica de la vida espiritual.

Mostrar dichos fundamentos y estructuración es el objeto del presente trabajo, cuyo punto de partida es siempre la palabra de la Santa Regla, la cual a su vez se fundamenta en la palabra de Dios contenida en la Sagrada Escritura. Nuestras explicaciones de las palabras de la Regla no pretenden ser otra cosa especio a ellas que lo que es el engaste respecto a una piedra preciosa. Tratan de descubrir su contenido y sentido oculto, ya que por su carácter de “código” a Regla es generalmente concisa; buscan poner en claro cuanto ha querido decir este maestro de la vida espiritual. Al mismo tiempo desearían ser un aliciente para marchar por el camino de la Regla, adaptándose de este modo al objeto y fin de la misma. Como ella, también los pensamientos de este libro no han de leerse precipitadamente, antes bien han de asimilarse íntimamente, meditarse y finalmente convertirse en parte de la vida. Uno de los principios fundamentales de la ascesis de san Benito, sobre el cual hemos de volver con frecuencia, expresa que la pura teoría es estéril en la vida espiritual y que el conocimiento más profundo se adquiere precisamente al obrar.

Para la segunda edición se ha revisado el texto reelaborando algunos de sus pasajes. No parecieron necesarias modificaciones sustanciales.

---

<sup>1</sup> Tradujo: P. Juan Vicente García Genis, os. Monasterio Cristo Rey. El Siambón – Tucumán. Argentina.

Nos animó a la reimpresión el frecuente testimonio de cristianos que viven en el mundo, que nos aseguraban que el “camino a Dios” trazado por san Benito era una guía vigorosa y segura para su vida. Además nos estimuló la experiencia que pudimos hacer con nuestro ensayo de “Vida monástica temporal”. Si personas procedentes de los ambientes más heterogéneos, economistas y técnicos, médicos, profesores y hombres de ciencia han convivido nuestra vida monástica por espacio de dos semanas y se han abierto al ambiente espiritual de san Benito, experimentando así una ayuda decisiva y recibiendo de ella nuevas orientaciones ¿no es esto señal inequívoca de que la Regla de san Benito es siempre actual, más aún, que por su sencillez recta y vigorosa es quizás especialmente apropiada a nuestra época?

## PRIMERA PARTE

### **EL LLAMADO DE DIOS**

*(Prólogo de la Regla monástica de san Benito)*

“Escucha, oh hijo, los preceptos del maestro e inclina el oído de tu corazón, acoge con agrado y cumple eficazmente la admonición del padre piadoso, a fin de que vuelvas por el trabajo de la obediencia a Aquel de quien te habías apartado por la desidia de la desobediencia”.

Al comienzo del camino hacia Dios está la palabra “Obsculta - ¡escucha!”. Toda vida espiritual, más aún, toda vida creada, se inicia con el “escuchar” el llamado de Dios. Conforme a la Sagrada Escritura, el fundamento de toda creación consiste en esto: Dios llama y la creatura escucha su voz y le obedece. “Dijo Dios: hágase. Y se hizo” (*Gn 1,3 ss.*). “El habló y quedaron hechos, El mandó y quedaron creados” (*Sal 148,5*). La esencia más profunda de la creatura es ser voz de Dios, escuchar y hacer lo dicho por Dios. Es esencial a la creatura, que desde un principio le dé Dios, como enseña la Teología, la “*potentia oboedientialis*”: la capacidad para recibir la voz de Dios y obedecerle. No hay desarrollo alguno en la vida natural o sobrenatural que no esté contenido en esta capacidad. Cuando la creatura “concuerta” con la voz de Dios, cuando “responde” a la palabra de Dios, cuando el escuchar se transforma en obedecer, en un acto de obediencia, alcanza la creatura la perfección que debe poseer según la idea divina. De esta suerte, aquello que vive en Dios como un pensamiento eterno, “se cumple eficazmente”, llega a ser realidad en el tiempo en un modo de existencia creado.

Las creaturas irracionales no pueden hacer otra cosa que recibir y cumplir el llamado de Dios. “Llama a la luz y le obedece temblando. Llama a los astros y contestan: Aquí estamos. Brillan alegres para su Hacedor” (*Ba 3,33-35*).

En el libre albedrío de las creaturas dotadas de razón, se da también la posibilidad de resistir al mandato de Dios, de decir “No serviré” (*Jr 2,20*), en vez de responderle con la obediencia (*labor oboedientiae*). Es “la desidia de la desobediencia” (*desidia inoboedientiae*) que fundamenta la esencia última del pecado. Por él “la creatura se aleja de Dios”. El llamado creador de Dios es reemplazado por el propio llamado, la voluntad divina desalojada por la voluntad propia (*propria voluntas*). La creatura quiere ser señora de sí misma, escucharse sólo a sí misma, obedecerse a sí misma. Estos sentimientos, que alejan de Dios, los ve san Benito materializados en la caricatura del verdadero monacato, en los sarabaítas, “los cuales, sin pastor, reclusos no en los apriscos del Señor, sino en los propios, tienen por ley la satisfacción de sus caprichos; pues cuanto piensan o eligen llaman santo y lo que no les place juzgan ser ilícito” (Cap. 1).

Si el hombre quiere volver nuevamente a Dios dejando el camino de “desidia y desobediencia que lo había alejado de Él” tiene que “renunciar ante todo a su propia voluntad”. Debe “convertirse” (*Mt 3,2*). Tiene que escuchar otra vez a Dios en vez de escucharse a sí mismo. Reconocer a Cristo como “Señor y verdadero Rey” y ponerse a su servicio. Eso significa “militar”, luchar espiritualmente, ya que la voluntad propia pervertida por el pecado no cede sin lucha su soberanía. La victoria en esta batalla se obtiene mediante “las fortísimas y esclarecidas armas de la obediencia”. En la medida en que el

hombre escuche a Dios y siga su voz, en esa misma medida se llenará de la fuerza divina que lo capacitará para dar por tierra con todo cuanto en él se opone a Dios.

“A ti, pues, se dirige ahora mi palabra, quienquiera que seas, que renunciando a tus propias voluntades, empuñas las fortísimas y esclarecidas armas de la obediencia, para militar bajo el verdadero rey, Cristo Señor”.

Esta conversión interior hacia Dios tanto en sus comienzos y con mayor razón en su última perfección, no es posible al hombre abandonado a sus propias fuerzas. La creatura no tiene en sí eficiencia alguna. Puede ciertamente, a causa de la libertad que Dios ha concedido a su voluntad, oponerse al llamado de Dios. Es capaz de la “desidia de la desobediencia” y consiguientemente de “obrar mal” (*mali actus*). Pero obedecer a Dios y obrar bien sólo lo podemos “con las fuerzas que Dios nos da para el bien” (*ei de bonis suis in nobis parendum est*). Esta noción básica en el camino hacia Dios, nos conduce a la oración como al medio más necesario en la vida espiritual.

“Ante todo (te amonesto): pídele con oración fervorosa que perfeccione cualquier obra buena que emprendas”.

Esta oración fluye esencialmente de esa actitud fundamental de escuchar y obedecer que rige todo el trazado del camino espiritual. Al orar pedimos la fuerza de Dios para que “la buena obra que comenzó, Él la lleve también a cabo” (*Flp 1,6*), “inclinamos” nuevamente hacia Él “el oído de nuestro corazón”, apartado de Dios por propia voluntad, nos abrimos para recibir la corriente de su fuerza creadora. Cuanto más profundamente reconozcamos nuestra impotencia de creaturas y nuestra dependencia de la gracia de Dios –y san Benito nos conducirá a través de todas las profundidades de nuestra humana nada–, tanto más intensa será la aplicación de nuestro corazón a Dios (*intentio cordis*. Cap. 52) en la oración. Tanto más se ensanchará nuestro corazón en anhelos y en prontitud (*dilatato corde*. Conclusión del Prólogo). Tanto más capaces nos haremos de recibir a Dios (*Dei capaces*, como dice san Agustín). Tanto más cerca de nosotros estará Dios ayudándonos con su gracia y cumplirá lo que promete más adelante con estas palabras “antes de que me invoquéis os diré: Aquí me tenéis”. Tanto más vigorosos y decididos podremos caminar por el camino que debemos andar para alcanzar la santidad deseada.

“Pues se ha dignado ya contarnos en el número de sus hijos, jamás deba enojarse por nuestras malas acciones. Porque de tal suerte hemos de servirle en todo tiempo con sus bienes que hay en nosotros, que no sólo cual padre airado no desherede algún día a sus hijos, sino que tampoco como señor temible, irritado por nuestras maldades, condene a pena eterna, como a siervos malvados, a los que no quisieron seguirle a la gloria”.

“Tenemos que obedecer a Dios”. Este deber que fluye ya de nuestra naturaleza de creatura recibe un carácter especial, se vuelve más apremiante ante el ofrecimiento gracioso de Dios que llama a su creatura a la vida sobrenatural en la sociedad personal de su amor. Dios ha querido ser no sólo el “Señor” de su creatura sino también su “Padre”. “Se ha dignado ya contarnos en el número de sus hijos”. Y el hijo tiene que escuchar y obedecer a aquel de quien ha recibido el ser y la vida.

“Toda paternidad toma su nombre del Padre de Nuestro Señor Jesucristo” (*Ef 3,4*). Toda filiación en el dominio natural es “imagen y semejanza” de aquella filiación existente en Dios mismo, participación de la filiación eterna de la segunda Persona de la Divinidad. En ella, se nos revela el sentido más profundo y definitivo del “escuchar”, del que nos habla san Benito. En Dios mismo, es uno el que llama, y uno el que escucha. En Dios mismo, es uno el que como Padre pronuncia una Palabra divina, eterna: “¡Escucha, Hijo mío!” y uno el que como Hijo recibe esta Palabra y responde: “¡Abba, Padre!” (*Rm 8,15*; Regla, Cap. 2). “En el principio era el Verbo y el Verbo estaba vuelto hacia Dios y el Verbo era Dios. Él estaba en el principio vuelto hacia Dios” (*Jn 1,1*). De este hablar y escuchar, de este estar vuelto el Verbo hacia el Padre, procede como fruto el Espíritu Santo, el “Espíritu de filiación”, el Espíritu de Amor, el Vínculo de la unidad del Padre y del Hijo.

La palabra creadora, pronunciada por Dios “al principio” del tiempo, es como un sonido que prolonga ese íntimo llamar y escuchar divino, el eco, por decirlo así, de la Palabra eterna del Padre: “Por el Verbo, todo fue hecho, y sin Él, nada se hizo de lo que ha sido hecho. En Él estaba la Vida”. Cuando las creaturas acogieron en sí la Palabra creadora de Dios, lograron vivir, recibieron la vida natural y también, conforme a la voluntad amorosa de Dios, la vida sobrenatural: “Participantes de la divina naturaleza” (2 P 1,4) de la vida del Hijo de Dios. “Y la Vida era la luz de los hombres”. El “Verbo de Dios” que vive y obra en ellos, les ilumina interiormente, constituye su gloria divina, la fuente de eterna bienaventuranza.

Es éste el “Prólogo” de toda la Creación divina, el “Prólogo” de la buena nueva de la gracia de Dios, que “se ha dignado ya contarnos en el número de sus hijos”. “La luz brilla en las tinieblas, y las tinieblas no la recibieron”. La voluntad propia de la creatura, al apartarse de Dios, se volvió por el mismo hecho tenebrosa, se cerró a la Palabra de Dios que es luz y vida. Acaeció algo horrendo: la Palabra del Padre no recibió ya respuesta alguna. A su llamado: “¡Escucha, Hijo mío!” no contestó más la creatura: “¡Abba, Padre!”. Quiso “ser como Dios” (Gn 3,5), ser ella misma Señor y Padre, llamado, voz, “sirviendo a la propia voluntad”. “Quebraste mi yugo, rompiste mis ataduras y dijiste: no serviré” (Jr 2,20).

Vislumbramos el tremendo misterio del pecado. Toca lo más íntimo de la vida de Dios. No quiere que el “Verbo” siga “vuelto hacia Dios”. Interrumpe esa corriente vital de hablar y escuchar, llamar y obedecer, que constituye lo más íntimo de la vida de Dios. La culpa es realmente un ataque al mismo Dios, al corazón del Padre eterno. “Dijiste en tu corazón: El cielo escalaré, por encima de las estrellas de Dios elevaré mi trono. Escalaré las alturas de las nubes, me igualaré al Altísimo” (Is 14,13).

Así se extingue el Espíritu de caridad, de devoción, de santidad, en el que Padre e Hijo se encuentran. El hombre, llamado a participar de la vida divina trinitaria, no solo “pierde la herencia de hijo, sino que también es condenado a pena eterna, como siervo malvado, que no quiso seguir la voz que le llamaba a la gloria”.

Sólo la misma Palabra viva de Dios podía conducir nuevamente a Él, a los hombres apartados por el pecado. Por ello “el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros”. El Hijo de Dios se hizo hombre para dar otra vez a los hombres “el poder de llegar a ser hijos de Dios”, y para introducirlos en la corriente de vida que desde el Padre llega al Hijo y en el Espíritu Santo refluye al corazón del Padre.

Por eso, la aparición visible del Hijo de Dios es una fiel manifestación y representación de esa actitud fundamental del “Verbo, vuelto hacia el Padre”. Jesucristo no ha venido “para hacer su voluntad sino la voluntad del que le envió” (Jn 6,38). Él “habla conforme se lo ha dicho el Padre” (12,50). Como “oigo”, dice, “así juzgo” (5,30). Siempre escucha lo que habla el Padre, y obra según oye, “obediente hasta la muerte” (Flp 2,8). “Esta “obediencia hasta la muerte” fue la redención de los hombres, el comienzo de su “vuelta a Aquel de quien se habían apartado por la desidia de la desobediencia”.

Aparece ahora enteramente claro por qué al comienzo de nuestro camino a Dios se nos dice: “*Obsculta, o fili*: escucha, hijo mío”.

Este llamado tiene el mismo alcance que aquel con que llamó el Señor a sus discípulos: “Sígueme”. Significa una disposición como la del Hijo de Dios “para oír y hacer siempre lo que agrada al Padre” (Jn 8,29). Da a entender que mediante la gracia de Cristo el “oído del corazón” se ha abierto nuevamente para Dios. Con ello, empero, se abre nuevamente el acceso al “reino de Dios”, en el cual pronuncia el Padre su Palabra eterna y esta Palabra eterna está vuelta hacia Dios. En la medida que el corazón se inclina al llamado de Dios escuchándolo y obedeciéndolo, participa también en la vida del Hijo de Dios. Se cumplen las palabras: “Serán todos enseñados por Dios. Todo el que oye al Padre y recibe sus enseñanzas, viene a Mí” (Jn 6,45).

Nuevamente se realiza la promesa relativa al Espíritu Santo que “envía el Padre en nombre del Hijo. Él nos enseñará todas las cosas y nos recordará cuanto ha dicho el Señor” (Jn 14,26).

La palabra “oír” (*obscultare*) usada por san Benito significa propiamente “escuchar”. El oído del corazón puede, como el oído del cuerpo, poseer diferentes grados de delicadeza para percibir el llamado de Dios, la voz del Espíritu divino. Cuanto más fino llega a ser el oído del corazón para esta ilustración interior y enseñanza del Espíritu de Dios, tanto más sensible se hace el hombre al “impulso e inspiración de la divina gracia” (Regla, Cap. 20), tanto más “se deja mover por el Espíritu de Dios”, tanto más llega a ser “hijo de Dios” (*Rm* 8,14), tanto más se realiza lo que Dios quiere de él.

En esta sumisión a Dios, en esta prontitud para “escuchar la Palabra de Dios y cumplirla” (*Lc* 11,28), se encuentra el comienzo y el término del camino a Dios. De ella procede toda perfección y santidad. Esta sumisión quiere san Benito enseñarnos en el Prólogo a su Regla y en ésta misma.

Dependiendo nuestro progreso cabal en el camino a Dios, de esta sumisión y prontitud, busca san Benito despertarlas y afianzarlas valiéndose de una numerosa serie de pensamientos relacionados con las palabras de la Sagrada Escritura. Con creciente insistencia muestra en primer término que nuestra felicidad eterna depende de nuestra atención y obediencia a Dios y que el tiempo que disponemos para una decisión de tan graves consecuencias es breve. Hay un apremio en sus palabras. Se percibe un ardor como no se encuentra en muchos otros pasajes de la Santa Regla. Él es ciertamente el “Maestro y Señor” que quiere arrastrar consigo a sus discípulos tras las santas aspiraciones. Él es verdaderamente “el bondadoso Padre” que se siente responsable de sus “carísimos hermanos” que “los exhorta” como más tarde exige lo haga el abad, “para que aprovechen más” (Cap. 2).

«Levantémonos, pues, de una vez a las excitaciones de la Escritura, que nos dice: “Ya es hora de despertar”. Y abiertos nuestros ojos a la luz deífica, escuchemos atónitos lo que a diario nos amonesta la voz divino que clama: “Si oyereis hoy su voz, no endurezcáis vuestros corazones”. Y también: “El que tiene oídos para oír, escuche lo que el Espíritu dice a las iglesias”. Y ¿qué dice? “Venid, hijos, escuchadme; os enseñaré el temor del Señor. Corred mientras tenéis la luz de la vida, para que no os envuelvan las tinieblas de la muerte”».

El estado de pecado, de alejamiento de Dios es comparable a la suerte del que duerme. “El oído del corazón” no oye más el llamado de Dios. Los ojos del alma no perciben nada de su luz. A causa de su indolente impotencia (desidia), se encuentra el hombre a merced del poder del maligno, del impulso de sus pasiones.

Con todo, Dios nos ha despertado ahora por su gracia a una nueva vida. Actualmente su llamado resuena vigoroso en nuestro oído. En éstos momentos su luz trata de iluminarnos nuevamente. Depende de nosotros, el estar bien atentos, el que nuestros ojos y oídos se abran a la luz, al llamado de Dios y corramos a obrar lo que Dios exige de nosotros.

A cada instante, tanto en el Prólogo de su Regla como más adelante, hace san Benito referencia a este “obrar”. Constantemente nos advierte la necesidad de “llevar a la obra” lo que hemos oído. Hasta cabría la sospecha de que en su insistencia acerca de las obras se vuelve contra ciertos teóricos de la vida espiritual que hablan espléndidamente del camino a Dios pero sin marchar efectivamente por él. Incansablemente insistirá que “no llegaremos (a Dios) si no es corriendo con las buenas obras”. Con ello no dice otra cosa que lo expresado por el mismo Cristo: “No todo el que me dice Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre, que está en los cielos” (*Mt* 7,21). Entre el “oír” el llamado de Dios y su “eficaz cumplimiento” existe cabalmente una coherencia interna esencial. Así como en el acto creador la palabra de Dios es eficaz precisamente mediante la realización de lo que Él quiere, así también la vida divina adquiere eficiencia en nosotros sólo cuando el escuchar se transforma en obediencia. El escuchar constituye la primera apertura de nuestra alma a la luz de Dios y a la acción de la gracia divina. Pero al obrar penetra activamente en nosotros la luz y la virtud de Dios. Por ello dice el Señor respecto a su doctrina: “El que quiera cumplir la voluntad de Dios verá si mi doctrina es de Él” (*Jn* 7,17). De esta especie es el obrar que enseña san Benito. El tal obrar llega hasta las mismas profundidades de la esencia divina. En Dios, el conocer, el querer y el

obrar son siempre una sola cosa. Dios es, como dicen los teólogos, *actus purus*: obrar puro, eficiencia simple. Y nosotros hemos sido llamados para ser su “imagen y semejanza”. Por eso sigue:

«Y buscando el Señor a su obrero entre la muchedumbre del pueblo, al que endereza tales palabras, dice otra vez<sup>2</sup>: “¿Quién es el hombre que quiere la vida y desea gozar días felices?” Y si tú, al oírlo, respondieres: “Yo”, díctele el Señor: “Si deseas gozar verdadera y perpetua vida, guarda pura tu lengua de todo mal y no profieran tus labios ningún embuste. Apártate de mal y haz el bien, busca la paz y síguela. Y cuando esto hicieréis, pondré mis ojos sobre vosotros y mis oídos atenderán a vuestros ruegos, y antes de que me invoquéis os diré: Aquí me tenéis”».

Si escuchamos la voz de Dios, también Él nos mira y escucha. Y al manifestarle que estamos listos para seguirla, nos dice por su parte: Aquí me tenéis. Si hacemos lo que Dios quiere, realiza también Él nuestros deseos o más bien: cumple lo que nos pidió y lo que nos prometió. Acaece algo así como en el seno de la Santísima Trinidad. El ciclo de la vida divina, interrumpido por la culpa, por la “desidia de la desobediencia”, se cierra nuevamente. El Hijo todo lo hace conforme escucha”. Puede así decir: “Padre, Yo ya sabía que siempre me oyes” (*Jn* 11,42).

“¿Qué cosa más dulce para nosotros, hermanos carísimos, que esta voz del Señor que nos invita? Ved como en su piedad nos muestra el Señor el camino de la vida. Ciñámonos, pues, la cintura con la fe y la observancia de las buenas obras y sigamos sus caminos, tomando por guía el Evangelio, a fin de que merezcamos ver en su reino a Aquel que nos llamó”.

La meta de nuestro camino se presenta así cada vez más clara y más luminosa: la vida eterna, la visión beatífica en el reino de Dios, la unión más íntima con Él, la santa habitación en su tabernáculo.

“Si queremos habitar en la morada de su reino, no llegaremos a ella si no es corriendo con las buenas obras. Mas preguntemos al Señor, diciéndole con el Profeta”.

¡Estemos atentos! ¡Busquemos la respuesta en las palabras de la Sagrada Escritura! San Benito quiere enseñarnos a “escuchar” de una manera enteramente práctica: poniendo siempre en nuestros labios oraciones sacadas de la Sagrada Escritura –aquí del salmo 14– que expresan nuestra disposición a escuchar el anhelo de Dios y de su Palabra.

«“Señor, ¿quién habitará en tu tabernáculo, o quién descansará en tu monte santo?” Tras de esta pregunta, hermanos, oigamos al Señor que nos responde y señala el camino del mismo tabernáculo, diciendo: “Aquel que anda sin pecado y obra la justicia; el que habla verdad en su corazón; que no miente con su lengua; que no hace mal a su prójimo; que no da oídos a cosas afrentosas contra su semejante”».

Cada una de las enseñanzas de estos pasajes del salmo citado por san Benito así como las diferentes expresiones: “obediencia, trabajo de la obediencia, obrero, obrar el bien, buenas obras, buena observancia, camino de los mandamientos de Dios, santa obediencia de los preceptos, militar, servicio divino, cumplir el deber”<sup>3</sup> significan en último término una misma cosa, fundamental para toda la vida espiritual y que san Benito quiere enseñarnos en el Prólogo de su Regla: la disposición plena para escuchar a Dios y obedecerle a fin de estar abiertos a la divina gracia y no presentar obstáculo alguno a su acción.

---

<sup>2</sup> La pregunta y la respuesta han sido sacadas del *Sal* 33, apoyándose para ello en una de esas *Homilias* (*Enarr. in psalm. 33*), que la tradición pone bajo el nombre de san AGUSTÍN. Del mismo *Sal* 33 es el versículo: “Venid, hijos, escuchadme; os enseñaré el temor de Dios”, aducido en el trozo precedente de la Santa Regla. El final es una ampliación libre del versículo del salmo: “El Señor tiene fijos sus ojos sobre los justos; atentos están sus oídos a la plegaria que le hacen” (*Oculi Domini super justos et aures ejus in preces eorum*).

<sup>3</sup> *Obedientia, obedientiae labor, operarius, agere bonum, facere bonum, boni actus, bona observantia, observantia, bonorum actuum, via mandatorum Dei, sancta praeceptorum obedientia, militaturus, dominicum servitum, officium complere*

El siguiente versículo del salmo, que san Benito transforma y completa libremente<sup>4</sup>, le da ocasión de indicar el reverso de su doctrina acerca del “escuchar”. Existe a su vez otra voz, que desea penetrar en el oído del corazón, la voz del tentador que quisiera apartarnos del camino hacia Dios. Tenemos que acallar de antemano esta voz. No nos es permitido darle entrada en el oído del corazón. Cuando la “mirada del corazón” percibe aún desde lejos la proximidad del espíritu malvado, debe rechazarlo enseguida con horror y de este modo mantener el oído del corazón expedito y abierto a la voz de Dios. Por ello, dice más adelante san Benito que habitará en el tabernáculo real:

«Aquel que rechazando de la vista de su corazón al diablo maligno junto con la misma sugestión con que intentaba persuadirle, “le redujo a la nada” y frustró sus nacientes designios estrellándolos en Cristo».

En los “instrumentos de las buenas obras” y luego en el 5º grado de humildad, san Benito aclarará aún más en qué consiste este “estrellar en Cristo”, vale decir: “manifestar enseguida al padre espiritual los malos pensamientos que sobrevengan a su corazón”. Evidentemente considera este punto, y en general, toda la dirección mediante un “padre espiritual” como algo muy importante en el camino hacia Dios. Y así va en el Prólogo de su Regla, hace una breve referencia a él.

La insistencia de san Benito con respecto al “obrar el bien”, a las “buenas obras”, podría ser peligrosa: estimándose exageradamente el valor de la propia actividad al punto de olvidar lo que el maestro de vida interior ha expresado en el comienzo del Prólogo: sólo es posible servir a Dios “con sus bienes que hay en nosotros”. Las herejías del pelagianismo y semipelagianismo, al difundirse extensamente en el monacato, le habían mostrado que precisamente los hombres llegados a un alto nivel ascético están más expuestos a este peligro. Por ello, antes de concluir su apremiante exhortación a las buenas obras, indica con energía que en último término: toda vida espiritual y toda perfección no es obra del hombre sino “obra de Dios en nosotros”. Y así sólo llegan al real tabernáculo de Dios:

«“Los que temiendo al Señor”, no se engríen por su buena observancia, antes, reconociendo que estos mismos bienes que en ellos hay no los pueden tener de sí mismos, sino que son obra de Dios, glorifican al Señor que obra en ellos, diciendo con el Profeta: “No a nosotros, Señor, no a nosotros, sino a tu nombre da la gloria”. Como tampoco el Apóstol Pablo se atribuyó nada de su predicación diciendo: “Por la gracia de Dios soy lo que soy”; y en otra parte dice él mismo: “El que se gloría, gloriése, en el Señor”»<sup>5</sup>.

En los “instrumentos de las buenas obras”, san Benito expresa con claridad y precisión estos mismos pensamientos con las palabras: “Cuando viere en sí algo bueno, atribúyalo a Dios, no a sí mismo. El mal, en cambio, impúteselo a sí mismo y piense siempre que es obra suya”. Este convencimiento de la universalidad de la acción de Dios como también de la necesidad absoluta de su gracia campea en toda la Santa Regla. En el capítulo fundamental de la Santa Regla (Cap. 7), san Benito desarrolla su doctrina “de la humildad” con esta convicción. Cuanto más se “anonada” el hombre, cuanto más profundamente desciende en el despojo humilde de sí mismo, tanto más poderosamente “se dignará el Señor manifestar por el Espíritu Santo en su obrero ya purificado de vicios y pecados” la eficacia de su gracia.

Hemos obtenido así una clara y terminante respuesta a la pregunta referente al camino hacia Dios: tenemos que escucharle y obedecerle. Abrirnos plenamente a la acción de la gracia divina con una humilde disposición. “Por este trabajo de la obediencia vuelve el hombre a Aquel de quien se había apartado por la desidia de la desobediencia”.

<sup>4</sup> Dice: “En su estimación reputa por nada el malvado” (“*Ad nihilum deductus est in conspectu ejus malignus*”) Sal 14,4.

<sup>5</sup> El versículo 4 del Salmo 14 desarrollado aquí: *timentes autem Dominum glorificat*, lo contempla san Benito en otra redacción: *timentes Dominum glorificant*. En todo el Prólogo y especialmente en el aprovechamiento de los salmos 33 y 14, se nos manifiesta el modo cómo ejercía san Benito su oficio de maestro de los hermanos e hijos, conforme a su propia oración y meditación. En las palabras y plegarias de la Sagrada Escritura se le descubrían las profundidades de la vida espiritual y de ellas emanaba su propia oración y doctrina (cf. Parte IV. 2).

Como vemos, esta doctrina de san Benito no es otra que la del mismo Señor cuando en el Evangelio nos habla de su seguimiento y del camino al Padre. Y así san Benito concluye sus instrucciones con las mismas palabras con las que el Señor, en el sermón de la montaña, termina su llamado al perfecto seguimiento:

«Por donde dice también el Señor en el Evangelio: “A quien oye mis palabras y las cumple, le asemejaré al varón prudente que edificó su casa sobre roca: vinieron los ríos, soplaron los vientos y embistieron aquella casa, pero no se derrumbó porque estaba construida sobre roca”. Al terminar el Señor de proferir estas palabras, espera que nosotros hemos de responder cada día con obras a sus santas, advertencias. Para ello se nos dan de tregua los días de esta vida, para la enmienda de nuestras faltas, según dice el Apóstol: “¿Ignoras tú que la paciencia de Dios te estimula a penitencia?”. En efecto, el piadoso Señor dice: “No quiero la muerte del pecador, sino que se convierta y viva”».

Nuevamente resume san Benito toda su doctrina acerca del camino hacia Dios y los motivos para marchar por él.

“Habiendo, pues, hermano, preguntado al Señor quién moraría en su tabernáculo, oímos ya el precepto para habitar en él: si cumplimos el deber del morador. Por tanto, prepárense nuestros cuerpos y nuestros corazones para militar bajo la santa obediencia de los preceptos y roguemos al Señor que se digne otorgarnos el auxilio de su gracia para lo que no es posible a nuestra naturaleza. Y si huyendo de las penas del infierno, queremos llegar a la vida eterna, preciso es que, mientras hay tiempo aún y moramos en este cuerpo y nos es dado cumplir todas estas cosas a la luz de esta vida, corramos y practiquemos ahora lo que nos conviene para la eternidad”.

¿Quién podrá resistir a la instancia de estas palabras del sabio “maestro” y del “padre piadoso”, quién no se regocijará ante el ofrecimiento de san Benito para ser en adelante nuestro maestro en la vida espiritual y nuestro guía en el camino hacia Dios? Acojamos con gratitud su palabra.

“Vamos, pues, a establecer una escuela del servicio divino”.

Junto a las primitivas escuelas filosóficas, en las que maestros y alumnos se esforzaban por llegar al conocimiento de la verdadera sabiduría, el pensamiento del maestro de la vida espiritual incluía ciertamente también dentro del término *escuela*, las antiguas escuelas romanas de artesanos, las asociaciones profesionales, en las cuales los obreros de un mismo oficio se reunían en comunidades de trabajo. Efectivamente en “la escuela del servicio divino” que quiere establecer, no se enseñará sólo teóricamente el “servicio divino” sino que se ejercitará en él prácticamente. Quizás más que en estos modelos del dominio de la vida terrena haya pensado en aquella escuela, donde el Dios humanado, Maestro y Señor, reunió a sus discípulos para enseñarles el “camino hacia el Padre”. El modelo de esta escuela se cierne en su mente, en especial en su capítulo referente al abad. Vale para la doctrina de san Benito lo que allí se dice del abad: “nada debe enseñar, establecer o mandar que se aparte de los preceptos del Señor, antes bien, sus mandatos y doctrina, a modo de fermento de la divina justicia, han de difundirse en las almas de sus discípulos”.

Conforme a dicho modelo quiere, en su escuela del servicio divino, unir, como quien verdaderamente “hace las veces de Cristo”, “la severidad del maestro y el piadoso afecto del padre” (Caps. 2 y 63). Nos lo asegura:

“en cuya institución (de esta escuela) no esperamos ordenar nada duro, nada penoso. Mas, si dictándolo alguna razón de equidad debiera disponerse algo un tanto más severamente para enmienda de los vicios y conservación de la caridad, no rehuyas enseguida (sobrecogido de temor, el camino de salvación, que no puede iniciarse sino por un principio estrecho. Pero cuando se avanza en la vida monástica y en la fe, se dilata el corazón y se corre con



inenarrable dulzura de caridad, por el camino de los mandamientos de Dios. De modo que, no apartándonos jamás de su magisterio, perseverando en su doctrina hasta la muerte en el monasterio, participemos de los sufrimientos de Cristo por la paciencia, y merezcamos también acompañarle en su reino. Así sea”.

Ya en la primera página de su prólogo, san Benito nos había mostrado la imagen de “Cristo, verdadero rey”. Al concluirlo, lo hace nuevamente. En sus reflexiones y exhortaciones ha vuelto siempre a Cristo. En lo sucesivo lo hará también con frecuencia. Su Regla no aspira a otra cosa que a exponer y realizar lo más perfectamente posible el ideal general de la vida cristiana. Por esta razón la escuela de san Benito constituye aún hoy una fuente de renovación en el espíritu de Cristo, no sólo para sus monjes sino también para toda la Iglesia y permanece abierta para todos aquellos que desean “militar bajo el verdadero rey, Cristo Señor”.

## SEGUNDA PARTE

### *LA RESPUESTA DEL HOMBRE*

Hemos escuchado el llamado de Dios. San Benito nos ha enseñado la actitud a adoptar ante dicho llamado: disposición a escuchar y a obedecer.

Al ingresar ahora en la “escuela del servicio divino”, aprenderemos a desarrollar esa actitud y a realizarla prácticamente. En tres capítulos (Caps. 4 al 6) íntimamente coherentes se nos mostrarán tres aspectos de la “sumisión” a Dios, tres manifestaciones de la preparación interna a la acción de su gracia.

#### **1. “Disposición para obrar el bien”**

*(Cap. 4: Cuáles son los instrumentos de las buenas obras)*

Un buen maestro hace pasar sencillamente su alumno al taller y, practicando con él su trabajo le enseña cada una de las tareas de su oficio o arte y el uso de las diferentes herramientas. Igualmente san Benito, en el primer capítulo ascético fundamental de su Regla nos introduce en el “taller del monasterio” como dice, pone en nuestras manos los “instrumentos de las buenas obras” y nos hace iniciar enseguida el trabajo en el “arte espiritual”.

Las imágenes usadas aquí por san Benito expresan el pensamiento destacado con tanto vigor en el Prólogo: “No se llega a Dios si no es mediante las buenas obras”, la voz de Dios debe ser “eficazmente cumplida”.

Ya hemos hablado de la íntima conexión entre el “oír” a Dios y la ejecución de su llamado. Como toda vida, también la vida espiritual sólo puede desarrollarse mediante la acción, las “buenas obras”. Con ellas se incrementa el conocimiento, se vigoriza la voluntad, se forja el ser interior. “El que quiere cumplir la voluntad de Aquél que me envió, verá si mi doctrina es de Dios o si hablo por mi cuenta” (*Jn 7,17*). El biógrafo de san Benito, el santo Papa Gregorio Magno, dice en un sermón pascual al hablar de los discípulos de Emaús que “no fueron iluminados al escuchar los preceptos de Dios sino al obrar; pues está escrito: no son justos ante Dios, los que escuchan la ley pero los que la cumplen son justificados. Por tanto quien desee entender lo oído, apresúrese a poner en obra lo que ha podido escuchar”<sup>6</sup>.

Así hay que entender a san Benito, cuando en varios pasajes de su Regla parece equiparar la perfección al cumplimiento de las buenas obras y también cuando en el primer capítulo ascético de su

---

<sup>6</sup> *Homilía* en los maitines del lunes de Pascua.

Regla entrega simplemente a su discípulo sin mayores aclaraciones los “instrumentos de las buenas obras” y le ordena su “incesante uso”.

Al hacer hincapié sobre la actividad del hombre, no contradice su doctrina de la “acción del Señor en nosotros”. Ciertamente, toda obra buena del hombre fluye sólo y exclusivamente de la acción de Dios (“Cuando viere en sí algo bueno, atribúyalo a Dios, no a sí mismo”. Instrumento 42). Al seguir el hombre el impulso de la divina gracia (*affectus inspirationis divinae gratiae*. Cap. 20) y poner en obra la voz de Dios, recibe en sí, precisamente, el poder de la gracia de Dios y le da la posibilidad de seguir obrando en él.

Ahora bien, ¿cómo se manifiesta la voluntad de Dios? ¿Qué obras desea que se hagan? ¿Dónde escucharemos su palabra, para poder cumplirla eficazmente?

En primer término, es en la Sagrada Escritura donde escuchamos la palabra de Dios. Su voluntad se nos manifiesta en los preceptos revelados por Dios ya en el Antiguo Testamento y completados y perfeccionados en el Nuevo Testamento por el Hijo de Dios. “Si quieres entrar en la Vida eterna, cumple los mandamientos” (Mt 19,17). Por ello, los primeros y fundamentales “instrumentos de las buenas obras” son:

- “1. Ante todo, amar al Señor Dios de todo corazón, con toda el alma y con todas las fuerzas.
2. Luego al prójimo como a sí mismo.
3. Después no matar.
4. No cometer adulterio.
5. No hurtar.
6. No codiciar.
7. No levantar falso testimonio.
8. Honrar a todos los hombres.
9. No hacer a otro lo que no quiere para sí.
10. Negarse a sí mismo para seguir a Cristo.
11. Castigar el cuerpo.
12. No entregarse a los placeres sensibles.
13. Amar el ayuno.
14. Aliviar a los pobres.
15. Vestir al desnudo.
16. Visitar a los enfermos.
17. Enterrar a los muertos.
18. Socorrer al atribulado.
19. Consolar al afligido.
20. Hacerse extraño a la conducta del mundo.
21. No anteponer nada al amor de Cristo”.

La perfección asignada al monje como meta no es esencialmente distinta de aquella a la que debe tender el cristiano en el mundo. Para ambos, la perfección consiste en el “servicio del Señor”, en “militar bajo la santa obediencia de los preceptos” (Prólogo), en la práctica del amor de Dios y del prójimo (Instrumento 1). Por eso los mandamientos y enseñanzas del Señor, vigentes para todo cristiano, son también la norma de las aspiraciones espirituales del monje. “El monje debe acordarse siempre de cuanto Dios tiene mandado” (Cap. 7. Primer grado de humildad), “practicar con obras todos los días los preceptos del Señor” (Instrumento 63). En la vida del monje, la milicia de la obediencia impuesta a todo cristiano debe encontrar una expresión especialmente significativa. Para el monje, por razón de su estado, el cumplir perfectamente la ley de Dios y “ser santo” (62), es el deber de una profesión solemnemente prometida. Por esta razón la observancia del monje no se reduce al cumplimiento de los preceptos de Dios, con toda fidelidad hasta la “i y la coma”, sin “violiar aún los más pequeños de ellos” (Mt 5,18). Antes bien, debe procurar cumplirlos perfectamente en ese nuevo espíritu que el Salvador, en el sermón de la montaña, opuso a la interpretación imperfecta de la ley en el Antiguo Testamento. En la vida del monje, que nada tiene que ver con la conducta y el espíritu del

mundo (20), ha de poder manifestarse puro y auténtico el “Espíritu de Cristo” (*Rm* 8,9). Inflamado en el “amor de Cristo sobre todas las cosas” (21), el monje está dispuesto a todos los sacrificios de la propia abnegación para seguirlo (10). Procura “estrellar enseguida en Cristo los malos pensamientos que sobrevienen a su corazón” (50), a fin de ser perfecto como lo fue su divino Maestro. Es así que el monje “en el amor de Cristo” (72) observa los preceptos de Dios, ante todo el nuevo mandato de la caridad fraterna y del amor de los enemigos, cuya observancia fiel le recuerda incesantemente san Benito.

- “22. No satisfacer la ira.
- 23. No guardar resentimiento.
- 24. No tener dolo en el corazón.
- 25. No dar paz fingida.
- 26. No abandonar la caridad.
- 27. No jurar, no sea que jure en falso.
- 28. Decir la verdad con el corazón y con la boca.
- 29. No volver mal por mal.
- 30. No hacer injuria a otro, sino llevar con paciencia las que se le hicieren.
- 31. Amar a los enemigos.
- 32. No maldecir a los que le maldicen, sino mas bien bendecirles.
- 33. Sufrir persecución por la justicia”.

San Benito no recoge sus “instrumentos de las buenas obras” sólo e inmediatamente de las “páginas o sentencias de autoridad divina del Antiguo o del Nuevo Testamento, rectísima norma de vida humana”. Aquí y en otros pasajes toma muchas de sus enseñanzas de la doctrina de los “santos Padres católicos”. Dios, en efecto, habla constantemente a su Iglesia mediante la santa Tradición, a través de sus santos, por medio de los maestros de la Teología y de la vida interior. “¿Qué libro de los santos Padres católicos no nos exhorta con insistencia a que corramos por camino derecho hacia nuestro Creador? Y también las *Colaciones de los Padres*, sus *Instituciones*<sup>7</sup> y *Vidas*, como asimismo la Regla de nuestro Padre San Basilio<sup>8</sup> ¿qué otra cosa son sino instrumentos de virtudes para monjes obedientes y de vida santa?” (Cap. 73). Esa estima y aprecio en escuchar con fe la “santa Tradición católica” da a la doctrina de san Benito su profundidad y seguridad, la introduce en la corriente activa de la vida divina que unifica la “sociedad de los santos”. Tomó de la vida ascética y monástica de los primeros tiempos del cristianismo lo que merecía conservarse conforme a su propia vocación divina, lo resumió, lo transformó en lo que le parecía necesario y ahora lo ofrece a todos cuantos desean seguir sus huellas en el camino hacia Dios. Es también un “instrumento de virtudes” el no buscar en la vida espiritual caminos propios, antes bien mantenerse dentro de la santa Tradición de la Iglesia y de las enseñanzas de maestros experimentados.

Quien siente ansias de la palabra de Dios, “escuchará con gusto las lecturas santas” (55) y buscará por ese medio oír la voz de Dios.

San Benito asigna por esta razón en el orden del día claustral, un tiempo muy amplio a la lectura espiritual, y presupone también la existencia de una biblioteca en sus monasterios (Cap. 48).

- “34. No ser soberbio.
- 35. No ser dado al vino.
- 36. No ser glotón
- 37. No ser soñoliento.
- 38. No ser perezoso.
- 39. No ser murmurador.
- 40. No ser detractor”.

---

<sup>7</sup> Dos obras del abad CASIANO (c. 435) que describiendo la vida interior y externa de los monjes egipcios, tratan de toda la vida espiritual y que ejercieron un influjo extraordinario en el monacato.

<sup>8</sup> San BASILIO EL GRANDE (+ 379), Padre del monacato oriental, fue en muchos puntos de sus dos reglas, un modelo para san Benito que por eso le llama “nuestro Padre”.

¿Es acaso necesario usar tales advertencias como “instrumentos del arte espiritual”? Un buen maestro de la vida espiritual tiene que ver y mostrar la naturaleza humana tal como es, en su totalidad, con sus debilidades que causan el pecado, con sus posibilidades de caídas, por encima de las cuales el hombre puede elevarse sólo con la ayuda de la divina gracia. Por esta razón son tan categóricos los “instrumentos de las buenas obras” que vienen a continuación.

- “41. Poner en Dios su esperanza.
- 42. Cuando viere en sí algo bueno, atribúyalo a Dios, no a sí mismo.
- 43. El mal, en cambio, impúteselo a sí mismo y piense siempre que es obra suya”.

Para sobreponerse a la fragilidad de nuestra naturaleza, causada por la culpa original, son necesarios motivos poderosos que nos impulsen hacia Dios. Como tales, san Benito pone en el alma la consideración de los novísimos, ya recomendada en el Prólogo.

- “44. Temer el día del juicio.
- 45. Sentir terror del infierno.
- 46. Suspirar con todo el afán espiritual por la vida eterna.
- 47. Tener cada día presente ante los ojos la muerte”.

Además de éstos, san Benito nos indica otros no menos poderosos medios particulares, para escapar de los peligros espirituales y ejercitamos en “hacer el bien”.

- “48. Velar a todas horas sobre los actos de su vida.
- 49. Tener por cierto que Dios le está mirando en todo lugar.
- 50. Estrellar enseguida en Cristo los malos pensamientos que sobrevengan a su corazón, y manifestarlos al padre espiritual.
- 51. Guardar su boca de palabras malas y perversas.
- 52. No ser amigo de hablar mucho.
- 53. No decir palabras vanas o que exciten la risa.
- 54. No gustar de reír mucho o estrepitosamente.
- 55. Oír con gusto las lecturas santas.
- 56. Darse con frecuencia a la oración.
- 57. Confesar a Dios todos los días en la oración con lágrimas y gemidos las culpas pasadas.
- 58. De esas mismas culpas corregirse en adelante.
- 59. No satisfacer los deseos de la carne.
- 60. Aborrecer la propia voluntad.
- 61. Obedecer en todo los preceptos del abad, aun cuando –lo que Dios no permita– obrare él de otro modo, acordándose de aquel precepto del Señor: “Haced lo que dicen, pero no hagáis lo que ellos hacen”.
- 62. No querer ser tenido por santo antes de serlo, mas serlo en efecto para que se lo digan con verdad.
- 63. Practicar con obras todos los días los preceptos del Señor”.

Más adelante, en otros capítulos de la santa Regla, en especial en el capítulo 7, volveremos a encontrar estos distintos instrumentos, unidos íntimamente entre sí, y ordenados a la edificación de la vida espiritual. Por de pronto debemos considerarlos aquí como eficaces instrumentos, medios y facultades cuyo uso en la “fiel observancia de las buenas obras” (Prólogo) llega a ser tan corriente y natural como lo es para el artesano el empleo de sus herramientas. Si por ejemplo nos sobreviene una tentación de impureza, debe inmediatamente la voluntad cobrar vida en nosotros.

- “64. Amar la castidad”.

Cuando se ciernen en nuestra mente pensamientos de odio, celos, envidia, altivez para con otros, cuando aparece el peligro de lesionar la caridad fraterna y los deberes para con la comunidad, echemos

mano, entonces, del “instrumento” necesario y sin tardanza llevemos a cabo la buena obra correspondiente, “como por una cierta costumbre buena, como naturalmente” (Cap. 7).

- “65. No aborrecer a nadie.
- 66. No abrigar celos.
- 67. No tener envidia.
- 68. No amar las disputas.
- 69. Huir la altivez.
- 70. Venerar a los ancianos.
- 71. Amar a los jóvenes.
- 72. Orar por los enemigos en el amor de Cristo.
- 73. Reconciliarse antes del ocaso con quien se haya tenido alguna discordia”.

Si abrigásemos el propósito de emplear en toda circunstancia, realmente y a la letra estos instrumentos, si por ejemplo ante el peligro de una enemistad “orásemos” enseguida unos por otros “en el amor de Cristo”, si en una discordia, ambas partes hicieran todo lo posible por “reconciliarse antes del ocaso”, ¡cómo avanzaríamos día a día espiritualmente y nos acercaríamos a Dios! Mediante su uso fiel, cada instrumento se nos hace más familiar y finalmente más claro su sentido e importancia en el conjunto de la vida interior.

Ciertamente, la pobreza y la debilidad humana desfallecerán siempre. Las fuerzas humanas no bastan para recorrer hasta el fin el camino hacia Dios. Por ello la corona de todos los “instrumentos de las buenas obras” es el último, el más hermoso.

“74. Y no desesperar jamás de la misericordia de Dios”.

Este instrumento señala que nuestras “buenas obras” reciben su fuerza y valor solamente de “Dios que preparó de antemano obras buenas para que las hagamos” (*Ef 2,10*).

El capítulo de los “instrumentos de las buenas obras” evoca por su forma las colecciones de proverbios ya apreciadas en el antiguo paganismo, mediante las cuales la filosofía popular ofrecía al pueblo máximas y principios del buen obrar. En este sentido se usa también la expresión “instrumento”. Así habla Séneca de los “Instrumentos para una vida feliz”. En san Benito esta forma encontró su más profunda consumación.

“He aquí los instrumentos del arte espiritual”.

San Benito ofrece algo más que una simple colección de proverbios. Pone en nuestras manos “instrumentos” para realizar las “buenas obras con las cuales se llega a Dios”. Cuanto más fieles seamos en su uso, tanto más perfectos seremos en el “arte espiritual” y con la gracia de Dios nos haremos tanto más capaces de plasmar la obra de arte de nuestra vida: modelarnos conforme a la imagen y semejanza de Dios.

Felices de nosotros, si en el día en que tengamos que dar cuenta a Dios, se reconoce la correspondencia entre lo que hemos llegado a ser mediante el uso fiel de “los instrumentos del arte espiritual” y el pensamiento eterno que nuestro Señor y Creador, el Artista divino lleva en sí respecto a nosotros, si hemos llegado a ser lo que el llamado de Dios nos indicaba.

«Si utilizamos incesantemente día y noche estos instrumentos, y los devolvemos el día del juicio, nos recompensará el Señor con aquel galardón que tiene prometido: “Que ni ojo vio, ni oído oyó. ni el hombre entendió lo que Dios tiene preparado para los que le aman”. Pero el taller donde hemos de practicar con diligencia todas estas cosas, es el recinto del monasterio, guardando la estabilidad en la familia monástica».

Este último pasaje nos conduce al capítulo 5, *De la obediencia*, que da una nueva posibilidad de aplicación y una nueva fecundidad al principio fundamental de la vida interior: “escuchar y obedecer”, desarrollado en el Prólogo.

## 2. Obediencia sin demora

(Cap. 5: *De la obediencia*)

San Benito ha reducido la práctica de la vida cristiana a la simple fórmula: escuchar a Dios e inmediatamente “responder con obras” (Prólogo) a su llamado o para quedarnos con la imagen del capítulo 4, “utilizar incesantemente día y noche los instrumentos de las buenas obras”.

Tal como se manifiesta en los divinos mandamientos y en las demás indicaciones, que emanadas de la Escritura y de la Tradición conducen a una vida virtuosa, la voluntad de Dios da ciertamente a nuestra vida la norma general y en especial nos indica los límites cuya transgresión constituye la “desobediencia” y por tanto el pecado. Con todo, el ámbito concedido en este punto de la libertad humana es muy amplio. Cuando se llega a captar el misterio del “escuchar”, se siente uno impulsado a poner bajo la obediencia a la voluntad de Dios, la existencia entera, hasta los últimos dominios y manifestaciones de la vida y a obrar siempre según el ejemplo del Señor.

Cristo nos ha mostrado realmente un camino por el que podemos seguirle más de cerca, mediante una obediencia que abraza toda nuestra vida, observando los consejos evangélicos de pobreza, castidad y obediencia. San Benito no ve en estos tres consejos otra cosa que tres formas diferentes de “sumisión a Dios”. El hombre, desprendiéndose de los bienes exteriores mediante la pobreza voluntaria, sacrificando su cuerpo en aras de la perfecta castidad, y finalmente entregando su voluntad a la obediencia, queda enteramente libre para servir a Dios. La oblación de la voluntad mediante la obediencia, raíz del desprendimiento de los bienes exteriores y del propio cuerpo, constituye de tal modo, para san Benito, “el primer grado de humildad” y el compendio de todos los consejos evangélicos. De éstos, sólo establece para sus monjes la profesión expresa de la obediencia (Cap. 58). En este sentido determina en el capítulo 33 el contenido de la pobreza claustral: “A nadie sea lícito poseer cosa alguna que el abad no le haya dado o permitido... nadie se atreva a dar o recibir cosa alguna sin autorización del abad, ni a tener nada propio... no tienen ni siquiera el derecho de disponer de sus cuerpos ni sus voluntades”. De este modo la obediencia es también norma y fundamento de la pobreza y el espíritu de los tres consejos lleva al hombre al completo sacrificio del propio Yo, para que en su lugar “sea Dios todo en todos”.

«El primer grado de humildad<sup>9</sup> es una obediencia sin demora. Esta es peculiar de aquellos que ninguna cosa. estiman tanto como a Cristo. Ya por razón del servicio santo que han profesado, ya por temor del infierno y por la gloria de la vida eterna, en el instante en que algo les ha sido mandado por el superior, cual si se lo mandara el mismo Dios, no saben sufrir dilación en realizarlo. De ellos dice el Señor: “No bien oyó mi voz, me obedeció”. Y a los maestros dice también: “El que a vosotros oye, a mí me oye”».

El escuchar y el obedecer adquieren ahora un sentido y contenido nuevo, enteramente concreto. La voz de Dios no se percibe únicamente en los divinos mandamientos y en la doctrina consagrada por la tradición. Ahora hay un hombre ante nosotros, un hombre con poder para mandarnos, y de ese “superior” “creemos que hace las veces de Cristo” (Cap. 2), que Dios le ha encomendado una misión respecto a nosotros, que Dios nos manifiesta por él su voluntad. Al escucharle y al obedecerle, escuchamos por tanto y obedecemos a Dios: “la obediencia que a los superiores se presta a Dios se presta” (Cap. 5).

---

<sup>9</sup> *Primus humilitatis gradus est obedientia sine mora.* San Benito introduce aquí por vez primera el término: *humilitas* - humildad, cuyo sentido pleno lo expondrá recién en el capítulo 7 de la Santa Regla. La designación: *primus gradus* tiene aquí el sentido de grado fundamental y prácticamente más importante en el camino hacia Dios. En la “escala de la humildad” del capítulo 7 la obediencia aparece como tercer grado.

### *¿En qué se funda tal fe?*

Es una ley tanto del orden natural como del orden sobrenatural en los que Dios nos ha colocado, que tanto el camino que viene de Dios a nosotros como el que va de nosotros a Dios pase siempre por un mediador humano. La vida natural de la creación y la sobrenatural de la gracia se nos otorga de este modo.

De un modo especial, Dios ha establecido como “mediador” a *un* hombre por el cual habló al hombre: “uno es el Mediador de Dios y de los hombres, un hombre, Cristo Jesús” (1 Tm 2,5). Pasando por los Apóstoles y sus sucesores, a los cuales dijo el Señor: “Quien a vosotros escucha, a mí me escucha” (Lc 10,16), esta representación de Cristo penetra en todo el organismo del misterioso Cuerpo de su Iglesia. Siendo el “*Corpus monasterii*, el cuerpo del monasterio”, como designa san Benito sus claustros (Cap. 61), una imagen de todo el cuerpo de Cristo, el monje “ve por la fe” también en el abad, cabeza visible del monasterio al cual se incorpora, “al representante de Cristo llamándolo señor y abad, no por atribución propia, sino por honor y amor de Cristo” (Cap. 63).

“Estos pues, dejando al punto sus cosas y abandonando la propia voluntad, desocupando sus manos y dejando inacabado lo que estaban haciendo, siguen con hechos en alas de la obediencia, la voz del que manda. Y como en un momento, por la velocidad que imprime el temor de Dios, se realizan casi juntamente y con prontitud ambas cosas: la orden dada por el maestro y su perfecta ejecución por el discípulo: es que les anima el deseo de caminar hacia la vida eterna”.

Sólo a la luz de la fe en la vida sobrenatural, sólo en la divina caridad puede comprenderse tal “obediencia sin demora”. Faltando dicha fe, es imposible entender esa “obediencia sin demora”. Para el que cree, esta representación de Cristo es tan real como cuanto pertenece al dominio de la fe. Le resulta enteramente natural la práctica de esta obediencia “con la velocidad que imprime el temor de Dios” en la forma descripta por san Benito. Cuando Dios llama no puede darse otra cosa que obediencia sin demora.

Aun en el terreno de la libertad, en el que ni los mandamientos expresos de Dios, ni sus órdenes señalan el camino, la voz de Dios es ahora perceptible precisamente mediante el órgano humano del superior que representa a Dios. No queda ahora dominio alguno de la vida, en el que no pueda seguirse mediata o inmediatamente el llamado de Dios. Ahora es posible obrar “conforme escucha”. La indicación del capítulo 4 “obedecer en todo los preceptos del abad” (61), alcanza su verdadero sentido al mismo tiempo que su coherencia íntima con aquella otra orden “practicar con obras todos los días los preceptos del Señor”(63)<sup>10</sup>.

### *¿Por qué abrazamos tal obediencia?*

Los monjes, dice san Benito, obedecen de este modo “a causa del servicio santo que han profesado, por temor del infierno y por la gloria de la vida eterna”. Saben que “la desidia de la desobediencia

---

<sup>10</sup> Estas indicaciones son valederas literalmente en primer término para aquellos que practican el servicio divino “en el recinto del monasterio”. Pero también para los cristianos que viven en el mundo son normativas. Todo hombre se encuentra ligado a la obediencia de muchas maneras, en la familia, en la sociedad, en la profesión. El cristiano contempla todas estas obligaciones de la obediencia a la luz de Dios –esto es justamente lo que le distingue del no cristiano–, a la luz de las palabras que el Señor dirigiera a Pilato, como representante del poder civil: “No tendrías sobre mí ningún poder si no lo hubieras recibido de lo alto” (Jn 19,11). De este modo, puede siempre percibir a través de estas obligaciones de la obediencia la voluntad de Dios, y obrar según el espíritu de san Benito “conforme escucha”. También se comprueba aquí que la ascesis monástica no difiere esencialmente del camino hacia Dios del cristiano en el mundo. La idea de autoridad y obediencia que se desprende de la regla de san Benito es ciertamente decisiva y fundamental para cristianizar la vida, la familia, en una palabra, toda relación de autoridad y de obediencia. En la Edad Media, emperadores y reyes consideraron las prescripciones de la Regla referentes al abad como un modelo para los soberanos. Es ésta una profunda comprobación de la importancia general cristiana precisamente de estas páginas de la Regla.

aparta de Dios” y conduce a la condenación eterna, pero que “por el camino de la obediencia irán a Dios” (Cap. 71).

«Por eso toman el camino estrecho, del cual dice el Señor: “Angosta es la senda que conduce a la vida”, pues no viviendo a su antojo ni obedeciendo a sus deseos e inclinaciones, sino caminando según el juicio e imperio de otro, viviendo en los monasterios, desean que les presida un abad».

Guardini, tratando del motivo de la Encarnación del Señor, dice unas palabras muy profundas: “El amor hace tales cosas”. Esto mismo vale también para la monástica “obediencia sin demora”. El amor no necesita otra explicación o fundamento. Aquel a quien “el amor apremia a correr hacia la vida eterna”, que “ninguna otra cosa estima tanto como a Cristo, y que se sabe llamado por Cristo para recorrer este camino, ése “hace tales cosas”.

«Sin duda siguen estos aquella sentencia del Señor, que dice: “No vine a hacer mi voluntad, sino la de Aquel que me envió”».

Existe en esta obediencia una peculiar semejanza a Cristo (*Flp* 2,5 ss.), algo que une muy estrechamente el monje al Hijo de Dios, “hecho obediente hasta la muerte”. En esta obediencia se manifiesta de un modo especial el espíritu de adopción, de filiación. Es efectivamente propio del hijo tener un padre, escucharlo y “hacer en todo tiempo lo que le agrada” (*Jn* 8,29). Por eso al abad “se le llama con el mismo nombre de Cristo, según lo que dice el Apóstol: Recibisteis el espíritu de adopción de hijos, por el cual llamamos: “Abba, Padre” (Cap. 2).

Se descubre aquí un sagrado misterio de fe y amor. “Quien a vosotros escucha, a mi me escucha”, dice el Señor en el pasaje alegado por san Benito para fundamentar la obediencia monástica (*Lc* 10,16). “Quien me recibe a Mi” se dice análogamente, “recibe a Aquel que me envió” (*Mt* 10,40).

La obediencia monástica une al abad con los monjes en una admirable unidad de fe y amor, que es imagen e irradiación de la unidad del Padre y del Hijo en la vida trinitaria de Dios. El abad es el “padre del monasterio (Cap. 33), el “padre espiritual” de sus monjes (Cap. 49). A ellos, como san Pablo respecto a sus fieles, puede guiar a la vida divina donada en Cristo, siempre que se dejen gobernar y conducir por él (*Ga* 4,19; *I Co* 4,14-15). De este modo, la familia monástica permaneciendo en la obediencia, penetra cada vez más en la profundísima unidad de la gracia con el Padre y su Hijo hecho hombre. Algo de aquella feliz intimidad con la voluntad del Padre que llenaba la vida terrena del Señor, un poco de esa virtud que fluía de su unión con ella, desborda también en la vida del monje siempre y cuando la obediencia se ejercite seriamente como Cristo la vivió, aun respecto a los representantes visibles de su Padre a los que “estaba sujeto” (*Lc* 2,51; *Jn* 19,11) y se ejecute con aquella alegría y devoción con que Cristo, porque amaba a su Padre, le obedecía: “Es necesario que el mundo sepa que yo amo al Padre y obro como él me ha ordenado” (*Jn* 14,30). Por ello concluye san Benito su capítulo acerca de la obediencia:

«Pero esta misma obediencia sólo entonces será acepta a Dios y dulce a los hombres, si se ejecuta lo mandado sin vacilación, sin tardanza, sin tibieza, sin murmuración y sin réplica de resistencia; porque la obediencia que a los mayores se presta, a Dios se presta, supuesto que Él mismo dijo: “El que a vosotros oye, a mi me oye”. Y es preciso que los discípulos obedezcan de buen grado porque “Dios ama al que da con alegría”. Pues si el discípulo obedece con repugnancia y murmura, no ya con la boca sino aun en su corazón, aunque cumpla el mandato no será ya grato a Dios que ve su corazón que murmura y por tal acción no conseguirá premio alguno; es más, incurre en la pena de los murmuradores si no satisface y se enmienda».

Es una fuente de felicidad esta obediencia alegre, este estar seguro en la voluntad del Padre, esta posibilidad de poner toda la vida hasta en sus más pequeñas acciones al abrigo de un “juicio e imperio” más elevado, el obrar siempre “sin demora”, “conforme escucha”. ¡Cuán libre para Dios es el hombre que en todo tiempo obedece en esta forma, “con la velocidad que imprime el temor de Dios!”.



Es también algo imponentemente grande cuando uno puede ser para otros “padre” de este modo, “voz de Dios”, cuando le es permitido tomar en sus manos la voluntad de hombres libres como una oblación santa para ofrecerla al Señor inmolada en el amor.

Ciertamente no deja de ser algo tremendamente serio y pleno de responsabilidad, el estar colocado en esta forma por encima de otros como “*Major-Superior*” y la carga que esta obediencia pone sobre sus hombros es mucho más pesada que aquella que impone a sus subordinados.

Dice santo Tomás de Aquino: “La voluntad de un solo hombre considerada en sí misma no es la regla de la voluntad del otro (*regula voluntatis*), sino en cuanto la voluntad del prójimo se une a la voluntad de Dios” (*in quantum voluntas proximi inhaeret voluntati Dei*. S. Th. II II p 37 a I ad 1 y 2). En el ejercicio de su ministerio de representación, el superior no recibe casi nunca inmediatamente de parte de Dios la indicación de su voluntad en cada caso. Debe por tanto de otro modo procurar la mayor unidad posible con la voluntad divina. Tiene que ser “docto en la ley divina” para “nada enseñar, establecer o mandar que se aparte de los preceptos del Señor; antes bien, sus mandatos y doctrina, a modo de fermento de la divina justicia, han de difundirse en las almas de sus discípulos” (Cap. 2). Ha de procurar vivir tan pura y santamente, buscar permanecer en una tan viva unión con Dios que realizando las palabras de san Pablo: “El que se une al Señor, se hace un solo espíritu con él” (*I Co 6,17*), su pensar, su querer y sus mandatos emanen sencillamente de esta adhesión íntima a Dios. En su comunidad ha de tener la sensibilidad más delicada para cuanto en cada caso es la voluntad de Dios. Atenderá, escuchará, aguardará en todo momento, no sea que Dios le hable. Si tal vez un monje venido de otro monasterio “razonablemente y con humilde caridad corrige o advierte alguna cosa, examínelo el abad con prudencia, no sea que tal vez el Señor le haya encaminado precisamente para eso” (Cap. 61). El abad debe “hacerlo todo con consejo” y cuando hubieren de tratarse cosas de importancia “sean todos llamados a consejo, porque a menudo revela Dios a un joven lo que es mejor” (Cap. 3). Así como los hermanos levantan sus ojos hacia el superior para recibir de él el llamado del Señor, el superior debe estar abierto a los hermanos para oír tal vez de ellos lo que Dios desea.

En modo alguno es el monasterio un ser comunitario colectivista, en el que cada uno pierde su propio valer, sino un organismo “*Corpus monasterii* - un cuerpo”, en el cual cada miembro tiene su peculiaridad recibida de Dios, su misión especial, su gracia particular “para el provecho común” (*I Co 12,7*), “para la edificación del cuerpo de Cristo” (*Ef 4,12*). La comunidad cristiana no quita la valía propia ni la manera de ser personal querida por Dios, antes por el contrario las lleva a su pleno desarrollo, así como en Dios mismo el más elevado despliegue de personalidad coexiste en la más perfecta unidad.

La tarea más difícil del superior en cuanto cabeza del “cuerpo del monasterio”, consiste en conocer en cada miembro de la comunidad el llamado personal de Dios, conducirlo conforme a esa misión especial e introducirlo en el organismo del monasterio de modo que se desarrolle según los divinos designios. Por eso debe “conformarse y adaptarse a la condición e inteligencia de cada cual”, “ponerse al servicio de muchos temperamentos” (Cap. 2). Esta obediencia del abad puede llegar a ser mucho más penosa que la del monje ya que éste tiene que acomodarse sólo “al temperamento del superior”. Ambos, superior y súbdito, viven en una elevada relación de obediencia, uno y otro están enteramente ordenados a la voluntad de Dios. Cada uno, conforme a su manera y posición, obedece igualmente a Dios mismo mediante el otro, el superior para manifestar el llamado de Dios, el súbdito para seguirlo. Ambos dicen como Cristo, el Señor: “No he venido a hacer mi voluntad sino la de Aquel que me ha enviado”.

La importancia de esta concepción de la autoridad traspasa los límites del claustro. Aquí está la solución para toda tirantez entre autoridad y libertad, soberanía y servicio. Aquí se aplica rigurosamente la doctrina del Señor respecto al ministerio, a la dignidad y al señorío de su reino: “El que quiera llegar a ser grande entre vosotros, será vuestro servidor, y el que quiera ser el primero entre vosotros, será esclavo de todos, que tampoco el Hijo del hombre ha venido a ser servido sino a servir” (*Mc 10,43-45*).

El capítulo 68 de la Santa Regla nos muestra magníficamente cómo se realiza en las dificultades esta coincidencia de ambas partes en la voluntad de Dios, cómo en último término ambas cosas, mandar y obedecer, son un escuchar a Dios.

### *Si a un hermano le encomiendan cosas imposibles*

“Si a un monje le encargan por ventura cosas pesadas o (aparentemente) imposibles, reciba la orden del que manda con toda mansedumbre y obediencia. Pero si viere que el peso de lo ordenado sobrepuja en absoluto la medida de sus fuerzas, insinúe a su superior las causas de su imposibilidad con paciencia y oportunamente, no con altivez, resistencia o contradicción. Mas si después de esta sugerencia, persistiere el superior en su opinión y mandato, tenga el súbdito por cierto que así le conviene, y confiando en el auxilio de Dios, obedezca por amor”.

El subordinado tiene el derecho de sugerir oportunamente al superior que reconsidere si no es algo “imposible” lo que exige, algo que no pueda o no deba ser hecho porque no responde a la voluntad de Dios. Pero no le está permitido substraerse de antemano a la obediencia. Por principio tiene que conservar su voluntad en la obediencia y “recibir la orden del que manda con toda mansedumbre y obediencia”. En general, sus observaciones no deben proceder ni del orgullo ni de una rebelión interior contra la obediencia. Por su parte el superior tiene el deber de oír a su subordinado, examinar ante Dios “las causas de su imposibilidad”, “escuchar” nuevamente la voluntad de Dios. Si después de este examen se mantiene la decisión tomada, el súbdito puede estar seguro que la ejecución de la orden responderá a la voluntad de Dios y por tanto “le conviene”. No le queda más que “obedecer” –y ciertamente– “por amor”, por ese elevadísimo motivo raíz de esta obediencia, “confiando en el auxilio de Dios” que también da las fuerzas para cumplir lo que su voluntad exige. El que de este modo en todo tiempo “obedece sin demora” al representante de Dios, “cual si se lo mandara el mismo Dios”, se encontrará cada vez más dispuesto y capacitado para oír en todas partes el llamado de Dios y obedecerlo sin tardanza y, como dice san Benito en el capítulo 71 de su Regla, “por este camino de la obediencia irá seguramente a Dios”.

### **3. El santo silencio**

*(Cap. 6: Del silencio)*

“La obediencia sin demora”, exigida por el capítulo 5 de la Santa Regla, es como una concentración de todas las fuerzas interiores y exteriores en la perfecta sumisión al llamado de Dios. No es un fin absoluto, jamás podrá serlo. “La obediencia que a los mayores se presta a Dios se presta”. Es ella la práctica y la expresión de la incondicional y universal disposición a obedecer a Dios. El monje obedece “cual si se lo mandara el mismo Dios”. Es “*militia*, milicia”: como la obediencia de los soldados es ella instrucción, ejercitación, preparación pero para intervenir finalmente en el servicio inmediato de Dios, “para militar bajo el verdadero Rey, Cristo Señor” (Prólogo).

Como en la perfecta realización de la obediencia lo decisivo no es el mandato exterior del superior sino el llamado interior de Dios, san Benito coloca junto a la obediencia, la *taciturnitas* - el silencio.

«Hagamos lo que dice el Profeta: “Dije: guardaré mis caminos, para no pecar con mi lengua; puse guarda a mi boca, enmudecí, me humillé y me abstuve de hablar aun de cosas buenas”. Muestra aquí el Profeta que si a veces debe uno abstenerse de conversaciones buenas por causa del silencio ¡cuanto más deberá evitar las palabras malas por el castigo del pecado! Por tanto, aun tratándose de conversaciones buenas, santas y de edificación, dada la importancia del silencio, raras veces se concederá a los discípulos perfectos permiso para hablar, porque escrito está: “En el mucho hablar no evitarás el pecado”. Y en otra parte: “La muerte y la vida están en manos de la lengua”. Porque hablar y enseñar incumbe al maestro, callar y oír conviene al discípulo».

San Benito debe considerar muy esencial y fundamental cuanto aquí nos dice, ya que le dedica como a la obediencia, un capítulo especial “del silencio”. El silencio se encuentra en íntima e inmediata conexión con la actitud básica, esencial en el camino hacia Dios. Esta dependencia la indica san Benito en la frase: “Callar y oír conviene al discípulo”.

Todo está en oír a Dios, en hacer nuestro oído cada vez más sensible a su llamado. Pero Dios habla en el silencio. Quien quiera percibir su llamado, ha de poder callar. Dios habla interiormente. El que desee escucharle ha de volverse hacia su interior y desprenderse del exterior, de las cosas y de los hombres: “Voy a escuchar lo que Dios va a decir” (*Sal* 84).

Callar no significa un simple “no hablar”. El silencio es un amor al recogimiento, en el cual se percibe el llamado de Dios. Es la actitud del hombre que espera el llamado de Dios, que abre su interior y se dispone para escuchar la voz de Dios. Es la conducta del “discípulo que calla y oye” para “recibir del padre sus enseñanzas” (*Jn* 6,45). “Toda voz debe enmudecer en aquél que quiere oír hablar a Dios” (Maestro Eckart). Todos los hombres que recibieron el llamado de Dios, fueron conducidos por Él a la soledad, al desierto: Moisés y Elías y los Profetas todos hasta el más grande de ellos, Juan el Precursor del Señor, Pablo y Benito, Francisco e Ignacio. No ha existido un solo santo mediante el cual Dios hablara a los hombres, que no haya hecho “lo que dice el Profeta: enmudecí, me humillé y me abstuve de hablar”<sup>11</sup>.

Quizás para nosotros, hombres de la actualidad nada ha perdido tanto su sentido como el callar, el silencio. Al tratar de la oración (Cap. 20) dice san Benito que tenemos que esperar ser oídos “no por el mucho hablar” (*non in multiloquio*), sino mediante una súplica “con toda humildad y pura devoción”. ¿No está nuestra vida espiritual más o menos dominada por este “mucho hablar”? Es éste uno de los principales motivos de la esterilidad e ineficacia de muchos esfuerzos bien intencionados, para marchar por el camino hacia Dios. Pensamos que el orar bien consiste en hablar, en decir a Dios lo que hay en nuestra alma. Y sin embargo, ¿qué podemos decirle que ya no lo sepa? ¿No tendríamos más bien que escuchar su palabra? Existe un escuchar interiormente a Dios que es más oración que “muchas palabras”, un orar, en el cual aplicamos sencillamente nuestro ser a Dios, le abrimos nuestro interior y nos entregamos a Él “con pura devoción”: “Señor ¿qué quieres que haga?” (*Hch* 9,6). “Habla, Señor que tu siervo escucha” (*I R* 3,10). “Heme aquí, oh Dios, para hacer tu voluntad” (*Hb* 10,7). “Yo soy la servidora del Señor, que se cumpla en mí lo que has dicho” (*Lc* 1,31). Este modo de orar procede del “silencio”, del santo recogimiento ante Dios y en ese sosiego habla Dios al corazón y comienza a obrar en él. El elemento más importante del silencio, consiste en aprender a estar ante Dios de este modo, callando y escuchando. Comprendemos así lo que san Benito nos dice acerca del “mucho hablar” y del “silencio”.

Habla de “conversaciones buenas, santas y de edificación” para las cuales, “dada la importancia del silencio, raras veces se concederá aun a los discípulos perfectos permiso para hablar”. Se refiere aquí a las “pláticas espirituales” que desde los comienzos del monacato tenían una gran importancia. San Benito juzga como valioso en estas conversaciones, el intercambio de ideas acerca de Dios y de las cosas espirituales. Recomienda la asidua lectura de las “Colaciones de los Padres”, escritas por Casiano como fruto de sus viajes por los monasterios de Oriente.

Todos los años se reunía con su hermana Escolástica, para “pasar todo el día en alabanzas del Señor y en santas conversaciones”. En este último encuentro, caeció por el amor y el poder de la oración de su hermana que “pasaron toda la noche velando, saciándose ambos en mutua y santa conversación sobre la vida espiritual” (san Gregorio Magno). Pero lo hacía “raras veces” – una vez al año. Por eso esta sola vez era tan valiosa, tan beatificante, llena y saturada como estaba por el silencio de todo un

---

<sup>11</sup> Cf. GUARDINI, *Wille und Wahrheit*. «Callar es la expresión de un estado interior... el silencio no es tan sólo ausencia de palabras; es también algo. Es una proximidad íntima, una profundidad y una plenitud. El silencio es una corriente tranquila de vida escondida. En el libro de la Sabiduría percibimos lo que es el silencio a los ojos de Dios: “Mientras un quieto silencio, lo envolvía todo y llegaba la noche a la mitad de su veloz carrera, tu omnipotente Palabra desde los cielos, dejando el trono real, se lanzó”».

año. Sucede como con la semilla, cuando después de largos meses de maduración, germina para crecer, florecer y dar frutos.

Si nuestras palabras acerca de las cosas espirituales son a menudo tan poco profundas y eficaces, es porque no han madurado y crecido en el sosiego del silencio. Les falta esa virtud de la que habla san Gregorio en la conclusión de su vida de san Benito: “con el silencio reparemos entretanto nuestras fuerzas para volver a hablar” (*loquendi vires interim per silentium reparemus*). Ya nadie quiere esperar y “callar y escuchar como corresponde al discípulo”. Todos queremos ser maestros lo más pronto posible, y “hablar y enseñar”. Así se busca menos en las conversaciones espirituales oír y hablar la palabra de Dios, que manifestar su propia palabra y defender el propio parecer. ¿Cómo entonces puede ser oíble y vívida en nosotros la palabra de Dios?

Por ello exige san Benito que todo uso de la palabra, en especial las conversaciones acerca de cosas espirituales, se realice en un espíritu de humilde obediencia:

“Por eso, si hubiere que solicitar algo del superior, pídase con toda humildad y respetuosa sumisión”.

El santo se refiere nuevamente aquí, como en el comienzo del capítulo 5, a la humildad, en la cual se resume para él toda la actitud interior que es menester adquirir. En relación a su concepción integral de la vida espiritual, volverá (en los grados 9 a 11 de la humildad) a hablar de lo que aquí ha adelantado. Es que el ejercicio del silencio, ya desde el comienzo de la vida espiritual, es muy importante para los ulteriores progresos en la “escuela del divino servicio”.

Tal vez san Benito hubiese dicho lo mismo no sólo del “mucho hablar” sino también del “mucho leer” (y “mucho escribir”) si en aquel entonces hubiese sido ya tan fácil y corriente la difusión de las ideas y de las palabras como lo es hoy mediante la imprenta. Ante la precipitación de nuestras lecturas espirituales, cuán importante y digna de meditarse es la sencilla indicación: “En estos días de Cuaresma, reciban todos su correspondiente libro de la biblioteca que deberán leer por orden y enteramente”, es decir, para ser profundamente estudiado y comprendido, en el sosiego de este santo tiempo (Cap. 48).

El maestro de la vida espiritual concluye su doctrina relativa al silencio con la prohibición categórica de toda conversación inútil o sin sentido:

“Mas las bufonadas y palabras ociosas o que provoquen la risa, las condenamos a eterna clausura en todo lugar, y no permitimos que el discípulo abra su boca para tales expresiones”.

Para quien ha aprendido bien a callar y conoce la virtud de las palabras nacidas del santo silencio, todo uso irracional de la palabra le parece una profanación. La palabra que procede del silencio tiene algo de grandioso y santo. Es una manifestación del Espíritu. Es en el fondo un eco del omnipotente Verbo de Dios, que el eterno Padre pronuncia (*Jn 1*).

Experimentamos el valioso contenido y la importancia del capítulo “Del silencio”. Para escuchar la palabra de Dios es menester que busquemos el santo silencio en el que Dios habla al corazón. En silencio tenemos que “escuchar los preceptos del maestro e inclinar el oído del corazón; acoger con agrado la admonición del padre piadoso” a fin de “cumplirla con eficacia y volver por el trabajo de la obediencia a Aquel de quien nos habíamos apartado por la desidia de la desobediencia”.

De este modo el gran tono fundamental de la Santa Regla se hace cada vez más armónico y pleno. “*In silentio et in spe erit fortitudo vestra* – en el silencio y la confianza estriba vuestra fuerza” (*Is 30,15*).

*Abadía de Niederalteich, Alemania  
en la fiesta de san Benito 21 de marzo de 1964*